

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**Diamela Eltit**  
**JAMÁS EL FUEGO NUNCA**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

*Jamás el fuego nunca  
jugó mejor su rol de frío muerto.*

CÉSAR VALLEJO

Estamos echados en la cama, entregados a la legitimidad de un descanso que nos merecemos. Estamos, sí, echados en la noche, compartiendo. Siento tu cuerpo doblado contra mi espalda doblada. Perfectos. La curva es la forma que mejor nos acomoda porque podemos armonizar y deshacer nuestras diferencias. Mi estatura y la tuya, el peso, la distribución de los huesos, las bocas. La almohada sostiene equilibradamente nuestras cabezas, separa las respiraciones. Toso. Levanto la cabeza de la almohada y apoyo el codo en la cama para toser tranquila. Te molesta y hasta cierto punto te preocupa mi tos. Siempre. Te mueves para señalarme que estás ahí y que me he excedido. Pero ahora duermes mientras yo mantengo ritualmente mi vigilia y mi ahogo. Tendré que decirte, mañana, sí, mañana mismo que habré de racionar tus cigarrillos, llevarlos al mínimo o definitivamente dejar de

comprarlos. No nos alcanza. Apretarás las mandíbulas y cerrarás los ojos cuando me escuches y no me vas a contestar, lo sé. Permanecerás impávido como si mis palabras no tuvieran el menor asidero y siguiera allí íntegra la cajetilla que compro fielmente para ti.

Te gusta, te importa, necesitas fumar, lo sé, pero ya no puedes, no puedo, no quiero. Ya no. Pensarás, lo sé, en cuánto te has sostenido en los cigarrillos que sistemáticamente consumes. Ha sido así, pero ya no es necesario.

No.

No consigo dormir y entre los minutos, a través de los segundos que no alcanzo a precisar, se entromete una inquietud absurda pero que se impone como decisiva, la muerte, sí, la muerte de Franco. No consigo recordar cuándo murió Franco. Cuándo fue, en qué año, en qué mes, bajo cuáles circunstancias, me dijiste: murió Franco, finalmente se murió echado como un perro. Pero fumabas y yo también en ese momento. Fumabas cuando hablabas de la muerte y yo fumaba, y mientras atendía a tu rostro adolescente, abiertamente resentido y lúcido y en cierta forma deslumbrante, apagué el cigarrillo entendiendo que era el último, que nunca más iba a hacerlo, que jamás hubo de gustarme aspirar ese humo y tragarme la quemazón del papel. Siento tu codo apoyado en mi costilla, pienso que

aún tengo la costilla y acepto, sí, me entrego a tu codo y me avengo con mi costilla.

Me doy vuelta, pongo mi mano sobre tu cadera y te muevo una y otra vez, rápido, ostensible. Cuando murió Franco, te pregunto, en qué año. ¿Qué?, ¿qué?, dices. Cuando murió, te digo, Franco, en qué año. Con un solo impulso te sientas en la cama, veloz, atravesado por una furia muscular que ya nunca ejerces y que me sorprende. Apoyas la cabeza en la pared, pero de inmediato vuelves a deslizarte entre las sábanas para ponerte de espaldas a mí.

¿Cuándo?, te pregunto, ¿cuándo?

Con la respiración demasiado agitada, llegas al borde de la cama, no sé, me contestas, cállate, duerme, date vuelta. Un día preciso de un año preciso pero que no forma parte de un orden. Una escena desprendida, ya inarticulada en la que fumábamos concentrados, entregados a nuestra primera célula, mientras tú, precozmente sabio, con la plenitud que pueden alcanzar las habilidades, sostenías unas palabras legítimas y consistentes que no se podían soslayar y te mirábamos extasiados — tus argumentos — cuando explicabas la muerte de Franco y yo, cautivada por la rigurosidad de tus palabras, apagaba el cigarrillo poseída por un asco final y observaba el papel destrozado contra el filtro, lo miraba en el cenicero y pensaba, nunca más, es el último, se acabó, pensaba y pensaba que por qué habría

fumado tanto ese año si no me gustaba, en realidad, el humo. Visualizo el cenicero, el cigarrillo apagado con las escasas briznas de tabaco desarmadas en su centro. Lo tengo. Tengo también la muerte de Franco, pero no el año, ni el mes ni, menos, el día. Dime, dime, te pregunto. No empieces, no sigas, duérmete, me contestas. Pero no puedo, no sé cómo dormir si no recupero el tramo perdido, si no sorteo el hueco nefasto del tiempo que requiero atraer. El final del cigarrillo aplastado contra el cenicero, mis dedos, la secuencia de tus palabras convincentes, echado como un perro, en su cama, el asesino, o quizás dijiste: el homicida, y mi asco definitivo a la bocanada de humo, la última.

La muerte pública de Franco, echado en la cama, muriéndose de todo, prácticamente sin órganos, dijiste, el tirano, decías, muerto de viejo o de anciano, rodeado por su séquito, decías, de franquistas, los médicos. En la noche, tarde, al borde de un amanecer exhaustivo, proseguían las discusiones, los argumentos, y entre todas las palabras posibles, claro, las tuyas sonaban más expertas o más ciertas, mientras yo fumaba a lo largo de esa noche que nunca vaciló hasta que, de pronto, me sentí verdaderamente ácida, mis pulmones, y hube de apagarlo, el cigarrillo, para nunca más.

Después me ofreciste uno, ¿quieres un cigarrillo?, ya amanecía, no, no quiero. No, te dije, no

quiero y hube de vislumbrar en tu mirada un atisbo de inquietud mezclado con una clara decepción. Una primera, incipiente, inexcusable mirada de abandono o de un rencor material. Pero, dime, cuándo. Cállate. Me haces callar justo en los momentos en que la sábana desastrosa se ha enredado, una vez más, en mis piernas y en mis brazos, siéntate, muévete, mientras ordeno la sábana, furiosa, sin entender si es en contra de mí o en contra de ti, sin convencerme. Cómo pude olvidarme del año, de un año que tú sí recuerdas y no me lo dices, lo sé, para impedir que yo zanje el tema del cigarrillo.

Estalinista, me dijo Martín, después, muchos años más adelante, en el tiempo en que ya no éramos (Martín ahora mismo se adelanta, está parado a los pies de nuestra cama, desencajado, negando mis palabras, reiterando en este siglo sus mentiras). Él me dijo estalinista y tú, que escuchabas su expresión, que la oías, volviste la cabeza, impasible como si no. Quién fue el que me dijo estalinista, cállate. Quién fue, te insisto, mientras muevo tu cadera. Ah, me dices, necesito dormir, ya, duerme, por favor duerme, déjame tranquilo. Has levantado la voz, me hablas en un tono delirante. Agresivo.

Me arden los ojos de un sueño que parece un mero síntoma. No puedo dormir, cállate. Estalinista, me lo espetó abiertamente, mientras yo te miraba buscando en ti un resguardo y tú, instalado ya en

la indiferencia, seguías ajeno, mientras yo escuchaba unas palabras que giraban locamente sin entender del todo de cuál ira provenían. Me dijo, estalinista. Lo repitió. Sé quién lo dijo, Martín (desde los bordes de la cama él se toca la cabeza, alardea, exhibe su contorno ostensiblemente irregular, menoscabado). Tengo en mi retina sus ojos y los matices de su expresión, pero ahora espero que seas tú el que diga quién fue, para así escuchar de tus labios, de los tuyos, por qué no dijiste nada, en qué punto de deserción estabas, imperturbable, lo recuerdo.

No importa, me dices, duerme, no sigas, olvídate.

En medio de una discusión que parecía irrisoria, cuando todo ya se había confundido, tú habías llegado sólo para escuchar de manera ambigua, marcando tu distancia y tu ironía y yo no pude, no logré mantenerme en silencio, no lo conseguí y dije, pero cómo, y dije, me resulta injusto o impropio, pude decir ambas cosas o puede ser, puede ser que haya expresado, con una molestia sosegada, lo sé, que no era posible dialogar en esos términos y entonces detonó la condena definitiva, enlazada a una respuesta lapidaria: estalinista. Mueve la pierna, me molesta, me raspa el pantalón, por qué tienes que dormir con el pantalón puesto. Cállate.

Pero ahora nuevamente va a amanecer. Sé que después no comentamos lo sucedido y esgrimimos una cortesía desmesurada. Lo hicimos mientras nos



devolvíamos de la que iba a ser la última reunión de esa célula. Sí. Te comportaste como si yo me mereciera todas las deferencias, como si fuera posible pensar que nada había sucedido. Pero era el último encuentro de un año intransigente en que ninguna de las palabras que manejabas ya podían contener.

Te portaste como un perro.

Ya te habías convertido en un perro, pienso ahora. Lo pienso mientras mi brazo entregado a la vigilia me tortura por su inevitable roce con la pared monolítica que nos cerca.